

CELEBRAR LAS FIESTAS DE MARIA EN EL CAMINO DE LA FE DEL PUEBLO CRISTIANO

ÁNGEL CASTAÑO FÉLIX
FACULTAD DE TEOLOGÍA "SAN DÁMASO"
MADRID

INTRODUCCION

El n. 14 del Decreto conciliar sobre la actividad misionera de la Iglesia, describe los elementos fundamentales de la Iniciación cristiana y del catecumenado. Estos son: anuncio del kerigma, conversión inicial, catecumenado, iluminación cuaresmal, participación ministerial de la comunidad, sacramentos de iniciación, incorporación plena al misterio de Cristo y a la vida de la comunidad cristiana. Conviven acciones propiamente catecumenales y acciones litúrgicas. Liturgia y Catequesis se necesitan mutuamente para la propia fecundidad.

No voy a insistir en el carácter mistagógico de la liturgia, ya que es objeto de diligente estudio en otro artículo de este número. Mi intención es centrarme en la celebración litúrgica de la Virgen María, Madre del Señor e iluminar, teniendo en cuenta fundamentalmente la eucología eucarística, la necesidad del culto mariano, rectamente vivido, para una vida cristiana integral, destacando al mismo tiempo cómo el verdadero culto a María tiene como fruto maduro una personalidad cristiana rectamente formada.

En el Magisterio contemporáneo, desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días no faltan alusiones a la presencia de la Virgen María en la liturgia de la Iglesia, en fiel correspondencia con lo que ha sido la historia del culto cristiano que conoce referencias a la Virgen María desde el s. II.

1. *El culto a María en la liturgia del Vaticano II*

El Concilio Vaticano II supuso una profunda renovación de la liturgia y la presencia de María en la nueva liturgia encuentra una gran correspondencia con la renovación que el mismo Concilio supuso para la mariología.

Lo primero que cabe destacar es que la reforma litúrgica pretendió encuadrar la celebración de las fiestas de María en el Año Litúrgico. No existe, pues, un ciclo particular dedicado a la Virgen María. El objetivo no se logró del todo, porque había que atender a otras circunstancias, en particular las exigencias de la piedad popular, pero también las fechas ya tradicionales de algunas celebraciones que desaconsejaban pastoralmente el cambio. Aunque la realización no haya sido demasiado lograda, el espíritu de la reforma sí exige esta referencia a Cristo: "En la celebración de este círculo anual de los misterios de Cristo, la santa Iglesia venera con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo"¹.

En cualquier caso, si no existe a veces coincidencia cronológica entre una celebración litúrgica de la Virgen María y un determinado tiempo litúrgico, sí que podemos establecer correlaciones entre las celebraciones marianas y el espíritu de los diversos tiempos. Así, como indica Julián López Martín², en el espíritu del Adviento-Navidad se sitúan las fiestas de la Virgen: Inmaculada Concepción; Natividad de María; Presentación en el Templo; Anunciación del Señor, Visitación y Santa María Madre de Dios. En el espíritu de la Cuaresma, la memoria de los Dolores de la Virgen. En el espíritu del tiempo pascual se inscriben las siguientes fiestas: Asunción a los Cielos; María Reina y Dedicación de Sta. María la Mayor y las restantes fiestas que evocan títulos marianos. "Aunque las fiestas tengan lugar en días muy alejados de los tiempos litúrgicos citados, sin embargo de lo que se trata es de ver la conexión existente entre los tiempos litúrgicos (el espíritu de cada uno) y las fiestas de la Virgen"³.

Una valiosísima ayuda para establecer esta relación es la *Collectio Missarum de Beata María Virgine*, aprobada en 1986. Ofrece un muy amplio elenco de celebraciones litúrgicas de la Virgen María ordenadas

¹ *Sacrosanctum concilium* 60.

² J. LÓPEZ MARTÍN, "María en la celebración del misterio de Cristo durante el Año Litúrgico": AA.VV., *Jornadas Nacionales de Liturgia. La Virgen María en el culto de la Iglesia* (Madrid 1988) 112.

³ *Ibid.*, 112.

temáticamente según su relación con los tiempos litúrgicos. En este artículo será particularmente utilizada.

2. Razones de la presencia de María en la liturgia

La razón última de la presencia de la Virgen María en el culto litúrgico obedece a la finalidad esencial del Año Litúrgico: es un medio de santificación, de entrar en comunión con la obra de la salvación de Cristo, salvación que históricamente fue realizada e históricamente sigue presente en la vida de los hombres. La Iglesia celebra esa salvación por medio de tiempos y días, de manera completa, adaptada a la capacidad humana, distribuyendo anualmente los muchos momentos de la historia de la salvación.

En esa historia, la Virgen María ocupa un lugar singular, siempre en su relación con Cristo. Ella entra íntimamente en la historia de la salvación⁴, preparada por Dios ya en los tiempos del AT, santificada desde el origen de su existencia en atención a los méritos de Cristo, asociada plenamente a la obra salvífica de su Hijo, mediadora de la salvación en relación de subordinación a la mediación de Cristo, presente en la vida de la Iglesia y en la vida de cada uno de los fieles y, por último, elevada a los cielos en cuerpo y alma.

En *Marialis Cultus*, Pablo VI expresaba de este modo las razones del culto litúrgico a María:

“El desarrollo, deseado por Nos, de la devoción a la Santísima Virgen... es un elemento cualificador de la genuina piedad de la Iglesia. En efecto, por íntima necesidad la Iglesia refleja en la praxis cultural el plan redentor de Dios, debido a lo cual corresponde un culto singular al puesto también singular que María ocupa dentro de él; asimismo todo desarrollo auténtico del culto cristiano redonda necesariamente en un correcto incremento de la veneración a la Madre de Dios”⁵.

La primera razón que da el Concilio Vaticano II está también en la asociación de la Virgen María a Cristo: “En la celebración de este círculo anual de los misterios de Cristo, la santa Iglesia venera con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo; en ella admira y ensalza el fruto más

⁴ *Lumen gentium* 65.

⁵ PABLO VI, *Marialis cultus*, Introducción.

espléndido de la redención y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser”⁶.

La segunda razón que aduce el Concilio está también en este párrafo: María, la madre del Señor, es imagen purísima de lo que la Iglesia ansía ser. La Iglesia se contempla a sí misma en María, pues en ella se revela el misterio de la redención y el mismo misterio de la Iglesia del modo más perfecto.

El Concilio hace también una advertencia: si la presencia de María en la Liturgia es eficaz en orden a la edificación del pueblo cristiano, es porque la recibe de Cristo, el único Mediador.

La eficacia de la celebración litúrgica de la Virgen María tiene dos aspectos: el primero se deriva de su carácter de imagen y figura para la Iglesia, y modelo para cada uno de los fieles; el segundo, de su mediación salvífica derivada de la mediación de Cristo y, en relación con esto, su intercesión.

Los nn. 12-15 de los *Praenotanda* a la *Collectio Missarum* ofrecen los siguientes elementos a propósito del culto mariano.

3. “Con María y como María”

En primer lugar, la Iglesia “quiere vivir el misterio de Cristo con María y por María, a causa de los vínculos que la unen a ella, experimenta continuamente que la bienaventurada virgen está a su lado siempre, pero sobre todo en la sagrada liturgia, como madre y como auxiliadora”⁷. Esta presencia no es como la de Cristo, es más bien subjetiva, interpersonal, de íntima comunión, vivida y expresada en la oración.

De este modo, “en íntima comunión con la Virgen María, e imitando sus sentimientos de piedad, la Iglesia celebra los diversos misterios, en los cuales “Dios es perfectamente glorificado y los hombres son santificados:

- asociándose a la voz de la Madre del Señor, bendice a Dios Padre y lo glorifica con su mismo cántico de alabanza;
- con ella quiere escuchar la palabra de Dios y meditarla asiduamente en su corazón;
- con ella desea participar en el misterio pascual de Cristo y asociarse a la obra de la redención;
- imitándola a ella, que oraba en el Cenáculo con los apóstoles, pide sin cesar el don del Espíritu Santo;

⁶ *Sacrosanctum concilium* 103.

⁷ *Misas de la Virgen María*, *Praenotanda* 12.

- apelando a su intercesión, se acoge bajo su amparo, y la invoca para que visite al pueblo cristiano y lo llene de sus beneficios;
- con ella, que protege benignamente sus pasos, se dirige confiadamente al encuentro de Cristo”⁸.

4. *Modelo, figura e imagen de la Iglesia*

Un último punto es preciso destacar en esta introducción. Se trata de la ejemplaridad de la Virgen María en las celebraciones litúrgicas. El n. 15 de los *praenotanda* explica el triple aspecto de esta ejemplaridad: “La liturgia, heredera de la doctrina y del lenguaje de los Santos Padres, para expresar la ejemplaridad de la bienaventurada virgen, usa varios términos: *modelo*, sobre todo cuando quiere resaltar su santidad y presentarla a los cristianos como fiel esclava del Señor (cf. Lc 1,38; 2,48) y perfecta discípula de Cristo; *figura*, para indicar que la conducta de María –virgen, esposa y madre– prefigura la vida de la Iglesia y guía sus pasos en el camino de la fe y del seguimiento del Señor; *imagen*, para destacar que en María, perfectamente configurada a su Hijo, la Iglesia “contempla con gozo como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansia y espera ser”.

Hay, pues, una triple relación entre la Virgen María y la Iglesia. La primera, la más honda es la relación tipológica, la que los *praenotanda* describen bajo el término figura. Así fue ya presentada por los Padres de la Iglesia y así aparece en el Concilio Vaticano II, como tipo de la Iglesia “en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre”⁹. Con esto, el Concilio se refiere a la esencia teológica de la Iglesia, en su doble estatuto de virgen (en el sentido de integridad de la fe y fidelidad a Cristo) y de Madre (que engendra a los hijos de Dios a la vida nueva por el Espíritu Santo).

La Iglesia es virgen y madre y este doble aspecto de su ser se muestra en todas sus obras pero de modo enteramente particular –y más perfecto– en la sagrada liturgia. En ella se percibe que la Iglesia es estructuralmente mariana.

La segunda relación es la de *modelo ejemplar*. Si en la Virgen María, Dios nos ha dejado una imagen del ser de la Iglesia, entonces la Iglesia está

⁸ *Misas de la Virgen María*, Praenotanda 14.

⁹ *Lumen gentium* 63.

también llamada a imitarla en su vida y en su conducta. Ella resplandece ante todos los miembros de la Iglesia como modelo de virtudes¹⁰, como modelo, en definitiva, de existencia espiritual.

Pablo VI enumeró los cuatro aspectos bajo los cuales la Virgen es presentada como modelo en la celebración litúrgica: *Virgen a la escucha*, *Virgen en oración*, *Virgen Madre* y *Virgen oferente*¹¹. Este aspecto ha de ser siempre destacado –en unión con el anterior– en las celebraciones litúrgicas marianas.

Por último, se establece también una relación de presencia, una relación interpersonal de mutua pertenencia en la fe. No es un caso de presencia afectiva como pueda ser el del resto de los santos. Se trata de una presencia dista que deriva, por un lado, de su asociación perfecta a la obra de la redención; por otro, de su carácter maternal y, por último, de su elevación en cuerpo y alma a la gloria de los cielos. En virtud de lo primero, es “mediadora” de la gracia (unida a Cristo y en dependencia de Él). Por razón de lo segundo, se distingue de todos los demás santos que también interceden por nosotros. Sólo ella es madre espiritual en el orden de la gracia. Y, por último, cabe afirmar que su presencia es también “corporal” en virtud de su Asunción a los Cielos. La Iglesia se une a ella, glorificada en los cielos, en la liturgia y ella permanece unida a la Iglesia, de modo particular en la liturgia terrena que está, en Cristo y en el Espíritu Santo, unida a la liturgia celeste.

Con estas orientaciones de fondo, voy a analizar la ejemplaridad y la presencia eficaz de la Virgen María en la celebración litúrgica. Tengo en cuenta las fiestas principales que corren a lo largo del año, a veces muy lacónicas en sus expresiones eucológicas, y presto particular atención a los formularios de la *Collectio Missarum de Beata Maria Virgine* que recogen algunos elementos muy tradicionales y que representan un fruto maduro del Concilio, del Magisterio contemporáneo y de los mejores hallazgos teológicos. Me ciño, en la mayoría de los casos, a la eucología y sólo en algunos casos hago referencia a las lecturas, así como tampoco hago referencia alguna a la liturgia de las horas. La razón, evidentemente, es la extensión que, de haber utilizado todas las fuentes, habría tenido este trabajo.

¹⁰ *Lumen gentium* 65.

¹¹ PABLO VI, *Marialis cultus* 17-20.

I. CELEBRAR EL ADVIENTO CON MARIA Y COMO MARIA

Como ya indica Pablo VI, el Adviento es un tiempo particularmente adaptado para el culto a la Virgen María¹². Lo es precisamente porque aún admirablemente la expectación mesiánica de Cristo del antiguo Israel y, desde ese punto de vista, es preparación para la celebración litúrgica de la Navidad y la expectación del día glorioso del Señor. El hecho de que el Adviento sea probablemente el más mariano de los tiempos litúrgicos no deja de ser importante, porque pone un sello mariano característico sobre la existencia cristiana que no en vano es, entre otras cosas, “espera” del Señor en el hoy de la historia y espera de su venida en gloria.

1. *Elegidos para ser santos*

La gran celebración mariana del Adviento es la Solemnidad de la Inmaculada Concepción. La conexión con el Adviento es más o menos fortuita, ya que su fecha está vinculada al día de la proclamación dogmática, pero no es preciso hacer ningún esfuerzo para captar la profunda lógica que une esta celebración y el Adviento.

El prefacio de la Misa de la Inmaculada Concepción afirma que la Virgen María, Madre del Señor, fue preservada de toda mancha de pecado original “para que en la plenitud de la gracia fuese digna madre de tu Hijo y comienzo e imagen de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura”. La Oración Colecta insiste en esta dignidad de la Madre: “Oh Dios, que por la Concepción Inmaculada de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada...”.

Las lecturas hacen más evidente aún la conexión con lo propio del Adviento. La primera (Gn 3,9-15.20) proclama la promesa de salvación que Dios hace a la humanidad por medio de la descendencia de la mujer. La segunda, tomada de la carta a los Efesios, especifica el carácter cristológico de aquella inicial promesa divina: Dios nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo para ser santos e inmaculados en su presencia en el amor. Y el Evangelio, siguiendo la dinámica propia de la liturgia de la Palabra, pone ante nuestros ojos el cumplimiento del designio y promesa divinos al proclamar la perícopa lucana de la Anunciación del Señor a la Virgen María.

¹² Cf. PABLO VI, *Marialis cultus* 4.

El uso litúrgico del himno de Ef 1,3-14 permite afirmar que si bien el “nos ha elegido” del v. 4 es aplicado a cada cristiano, está referido de un modo singular precisamente a la Virgen María. Ella es la “elegida” para ser santa e inmaculada. Ella es, por tanto, también, la “mujer” de cuya descendencia saldrá quien destruya el poder de la serpiente y venza al pecado. Ella, la “sin pecado”, la “agraciada” del evangelio de Lucas es la que con su fe y obediencia, que se resuelven en una maternidad del todo singular, hace posible la victoria de Dios sobre el poder del pecado y sobre el odio al hombre y a Dios de la serpiente.

Eucología y lecturas nos ofrecen los dos polos de esta celebración: elección eterna de Dios a la santidad, victoria sobre el pecado, y maternidad divina y virginal. Todo ello, en la única perspectiva posible que es la que tiene en cuenta el carácter de centro y plenitud que tiene Jesucristo. Tanto la elección como la victoria son en Cristo y por medio de Cristo y, por ello, el centro de la celebración litúrgica no está en la preservación del pecado de la Virgen María sino en el hecho de su maternidad de Cristo, que es no solo el centro y la razón de ser de su existencia, sino el núcleo mismo del servicio específico que ella presta a la voluntad del Padre y, por tanto, al misterio de la salvación.

No olvidemos el carácter “ejemplar” de la existencia de la Virgen María. En ella se ilumina, en primer lugar, el origen de esta elección: la gracia de Dios elige “antes de la creación del mundo” (Ef 1,4) antes, por tanto, de cualquier previsión de mérito por parte de la criatura. Se revela plenamente precisamente en este misterio, ya que ella es redimida previamente a cualquier acto de su voluntad, sin que medie ningún mérito personal por su parte.

En segundo lugar, se manifiesta en ella el objeto último de la bendición de Dios: la filiación divina (Ef 1,5) que es fruto, según este himno, de la gracia con que nos agració en el Amado: la redención y el perdón de los pecados (v. 7) y tener a Cristo por cabeza (v. 10). Estos tres aspectos son el desarrollo de la afirmación central del v. 4 que afirma que la elección es en última instancia para ser “santos e inmaculados” en su presencia, en el amor. En ella encontramos una imagen perfecta de la santidad, fruto de la redención, ya que la preservación del pecado es expresión de la gracia “con que nos agració en el amado”, de la redención que en ella se ha realizado del modo más perfecto.

2. La obediencia de la fe y la maternidad

La Eucología de las misas que forman la *Collectio Missarum Beatae Virginis Mariae* completa el cuadro del sentido que tiene la presencia litúrgica de María en el Adviento. Son tres los formularios que se proponen en la *Collectio* para el Adviento: “La Virgen María, estirpe escogida de Israel”, “la Virgen María en la Anunciación del Señor” y la “Visitación de la Bienaventurada Virgen María”.

Ella es presentada como “excelsa entre los humildes y los pobres”¹³, como la que agradó a Dios “en su humildad y nos aprovechó en su obediencia”¹⁴, como la “hija de Adán, que reparó con su inocencia la culpa de la madre” y como la que, descendiente de Abrahán por la fe, “concibió en su seno creyendo”¹⁵.

A la fe hacen también referencia el prefacio del formulario nº 2 de la *Collectio*: “porque la virgen creyó el anuncio del ángel”¹⁶ y el del formulario nº 3: “Porque ella, por su fe en la salvación prometida, es saludada como dichosa”¹⁷. En esta fe consiste su “grandeza” tal como es proclamada por Isabel, movida por el Espíritu Santo¹⁸.

No olvidan estas misas que la fe de la Virgen María es también obra de la gracia, y especifican con detalle que se trata de la acción eficaz del Espíritu Santo: “El mismo Espíritu Santo, que formó a la Virgen María como nueva criatura, para que de ella, inundada del rocío celestial, naciera Jesucristo...”¹⁹. El Espíritu Santo, a quien se invoca para santificar las ofrendas que presentamos, es el mismo Aque fecundó con su poder el seno de María²⁰.

No se trata de hacer una completa teología de estos textos eucológicos. Quiero llamar la atención más bien sobre el núcleo de las afirmaciones, que encierran todo un tratado teológico y todo un programa catequético-pastoral.

¹³ *Misas de la Virgen María. I. Misal*, formulario nº 1: “La Virgen María, estirpe escogida de Israel”, Colecta.

¹⁴ *Ibid.*, oración colecta (2ª propuesta).

¹⁵ *Ibid.*, prefacio.

¹⁶ *Ibid.*, formulario nº 2: “La Virgen María en la Anunciación del Señor”, prefacio.

¹⁷ *Ibid.*, formulario nº 3: “La Visitación de la Bienaventurada Virgen María”, Prefacio.

¹⁸ *Ibid.*, Prefacio.

¹⁹ *Ibid.*, formulario nº 3: Oración sobre las ofrendas.

²⁰ *Ibid.*, formulario nº 2: Oración sobre las ofrendas.

Se recuerda una vez más, en la misma línea de la Misa de la Inmaculada Concepción, la gratuidad radical del don de Dios. En la Virgen María, este don es doble: por un lado, la fe; por el otro, la maternidad divina.

La fe en ella es fruto de la acción del Espíritu Santo, que ha hecho de ella nueva criatura y precisamente por la fe ha concebido no sólo en su seno, sino previamente en su corazón y, apurando más aún, ha concebido en su seno precisamente porque ha concebido en su corazón a Aquel que es la palabra de Dios. La fe es, por tanto, lo que califica espiritualmente a la Madre del Señor, la bienaventuranza que ha recibido: ella es dichosa porque “ha creído” (Lc 1,45).

Juan Pablo II ha comentado esta fe de María en su Carta Encíclica *Redemptoris Mater* de 25 de marzo de 1987. Precisamente pone en parangón la fe de María con la fe de Abraham: “Por lo tanto, la fe de María puede parangonarse también a la de Abraham, llamado por el Apóstol ‘nuestro padre en la fe’ (cf. Rm 4,12). En la economía salvífica de la revelación divina la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. Como Abraham ‘esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones’ (cf. Rm 4,18), así María, en el instante de la anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen (‘¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?’), creyó que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel: ‘el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios’ (Lc 1,35)”²¹.

Porque creyó, concibió. Se trata de la obediencia de la fe, realizada en la humildad. Su servicio a la humanidad es precisamente el haber sido “digna morada” del Hijo de Dios²². También en su maternidad es María “paradigma”. En primer lugar, de la Iglesia, Madre de los pueblos porque engendra a sus hijos a la vida nueva. Pero también para cada uno de los cristianos, llamados a “concebir a Cristo”. La fe, en efecto, es “revelada” en la perfección de la fe de la Virgen María como escucha de la Palabra de Dios que es acogida con gozo: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra” (Lc 1,38). Acoger de ese modo la Palabra de Dios es “concebir la”, es que “Cristo habite por la fe” en el corazón (Ef 3,17). La fe la hizo madre, la misma fe gracias a la cual es la primera y más perfecta discípula: “Por medio de la fe

²¹ JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 14.

²² *Misal Romano*, Prefacio de la Misa de la Inmaculada Concepción de María, 8 de diciembre.

María seguía oyendo y meditando aquella palabra, en la que se hacía cada vez más transparente, de un modo 'que excede todo conocimiento' (Ef 3,19), la autorrevelación del Dios viviente. María madre se convertía así, en cierto sentido, en la primera 'discípula' de su Hijo, la primera a la cual parecía decir: 'Sígueme' antes aún de dirigir esa llamada a los apóstoles o a cualquier otra persona"²³.

Son aspectos muy nucleares de la existencia cristiana los que nos recuerdan y proponen los textos litúrgicos marianos del Adviento: la gracia libérrima y amorosa de Dios está en el origen de la propia existencia que, por eso, siempre es vocación; toda vocación concreta es en el fondo vocación a la santidad; la santidad, en su plenitud, es el fruto perfecto de la redención y de la acción del Espíritu Santo en el hombre; corresponde al designio originario de Dios sobre el mundo y el hombre; el camino de la santidad es la humildad y la obediencia de la fe; la obediencia de la fe hace posible que Cristo habite en el corazón del hombre y tiene que ver con la virginidad que en ella encuentra también su más perfecta expresión. Pero de la virginidad hablaremos más adelante.

Está también aquí la entraña del Adviento que nosotros celebramos: si el Adviento es el tiempo de la espera, es también el tiempo de la posesión. En prenda hemos sido salvados y el motivo de la esperanza es precisamente la fe que hace que estemos ya en la vida eterna (cf. Jn 6,47). La Iglesia espera a su Señor como lo hizo la Virgen, "preñada" de su presencia. Y si el Adviento es espera activa, si consiste en "preparar caminos", esa es precisamente la obra de la fe y de la configuración con Cristo. Por eso, en el Adviento ella es también la madre de la santa esperanza: "Porque tu humilde esclava, confió en ti plenamente: concibió creyendo y alimentó esperando al Hijo del hombre, anunciado por los profetas; y entregada por entero a la obra de la salvación, fue hecha madre de todos los hombres"²⁴.

II. CELEBRAR LA NAVIDAD CON MARIA Y COMO MARIA

La celebración más específicamente mariana del ciclo de Navidad es la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, aunque lógicamente la presencia de María no queda circunscrita a esta fiesta.

²³ JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 20.

²⁴ *Misal Romano*, formulario nº 37: "La Virgen María, Madre de la santa esperanza", Prefacio.

1. *La Virgen María, imagen de la Iglesia Madre*

Los textos eucológicos de la solemnidad están, como es natural, cristológicamente centrados, pero aparece la Madre del Señor, como Madre de Cristo y de la Iglesia²⁵, como “primicia de nuestra redención”²⁶ y como fecunda virgen por medio de la cual Dios ha dado al género humano el don de la salvación eterna²⁷. La oración colecta pide a Dios que podamos “sentir la intercesión de aquella de quien recibimos al autor de la vida”.

Los prefacios para esta fiesta se toman del común de María Virgen. En ellos proclamamos que concibió a Jesús “por obra del Espíritu Santo y sin perder la gloria de su virginidad”²⁸ y que –recordando el Magnificat– el Padre nos dió al autor de la vida “complacido en la humildad” de su sierva²⁹.

La *Collectio Missarum Beatae Mariae Virginis* presenta seis formularios de misas. El primero de ellos está dedicado a “Santa María, Madre de Dios”. La colecta introduce la ejemplaridad de la Virgen María en el misterio de la Navidad, pidiendo al Padre para todos los fieles “recibir a Cristo como ella, conservando sus palabras en el corazón y celebrando con fe sus misterios”³⁰. Esta es la afirmación central de esta eucología: La Virgen María es modelo para la Iglesia en su maternidad. Como ya hemos dicho, la Iglesia es Madre porque engendra a los hombres a una vida nueva, porque engendra a Cristo en el corazón de sus hijos. También sus hijos engendran a Cristo por la fe en su corazón. Qué es este engendrar a Cristo y cómo sucede encuentra su paradigma, su modelo perfecto, en la Virgen María: ella “concibió en su espíritu antes que en su seno al Hijo venido del cielo”³¹, lo hizo “conservando sus palabras en el corazón”³² y gracias a su humildad³³, en la que hay que ver la obediencia propia de la fe.

²⁵ *Misal Romano*, Solemnidad de Santa María, Madre de Dios, oración después de la comunión.

²⁶ *Ibíd.*, oración sobre las ofrendas.

²⁷ cf. *ibíd.*, oración colecta.

²⁸ *Misal Romano*, Prefacio I del común de la Virgen María.

²⁹ *Misal Romano*, Prefacio II del común de la Virgen María.

³⁰ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 4: “Santa María, Madre de Dios”, oración colecta.

³¹ *Ibíd.*, oración colecta (2ª propuesta)

³² *Ibíd.*, oración colecta (1ª propuesta).

³³ cf. *ibíd.*, oración sobre las ofrendas.

El modo virginal de la maternidad tiene también un lugar importante en esta misa. Ella supo complacer al Padre “por la virginidad”³⁴, de modo que Jesús es nacido “de María virgen”³⁵. Y por eso canta el prefacio: “La que no conoció varón es madre, y después del parto permanece virgen. Se gozó, en efecto, de dos gracias: se admira porque concibió virgen, se alegra porque alumbró al Redentor”.

El formulario nº 5 de la *Collectio* está dedicado a la Virgen María, Madre del Salvador. Incide también en la ejemplaridad de María pidiendo al Padre en la colecta que “nuestros ocraciones, encendidos por la luz del Espíritu Santo, busquen y conserven, a ejemplo de María” su voluntad y su palabra.

La presencia de la Virgen María no está ligada exclusivamente al momento del nacimiento de Jesús, aparece también en la *Collectio* vinculada a la Epifanía y a la Presentación, motivos a los que están dedicados los formularios 6 y 7 de las misas de la *Collectio*. El prefacio de la Misa “La Virgen María en la epifanía del Señor” merece ser citado íntegramente: “Porque por mediación de la Virgen María atraes a la fe del Evangelio a todas las familias de los pueblos. Los pastores, primicias de la Iglesia de Israel, iluminados por tu resplandor y advertidos por los ángeles, reconocen a Cristo Salvador. Pero también los magos, primeros retoños de la Iglesia de los paganos, impulsados por tu gracia y guiados por la estrella, entran en la humilde casa y, hallando al Niño con su Madre, lo adoran como Dios, lo proclaman como Rey y lo confiesan como Redentor”.

Explicita un elemento que estaba de algún modo presente en los formularios anteriores: la manifestación de Cristo al mundo sucede por mediación de María. También la colecta insiste en esta idea y por eso pide al Padre que “siguiendo el ejemplo de María, fortalezcamos nuestra fe en Cristo y lo reconozcamos como único Mediador y Salvador de todos los hombres”.

Con la celebración de la Epifanía, el ciclo de la Navidad cierra de algún modo el círculo que se inicia con la concepción de Jesús: Jesús es concebido y dado a a luz por la Virgen María y, al hilo de ese acontecimiento histórico, Dios Padre, que engendra a su Hijo eternamente en su naturaleza divina, lo engendra, según su humanidad, del seno de la Virgen María y lo manifiesta al mundo como salvador y redentor. Generación y manifestación, concepción y alumbramiento. La Virgen coopera en este misterio de

³⁴ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 4: “Santa María, Madre de Dios”, oración sobre las ofrendas.

³⁵ *Ibid.*, oración después de la comunión.

revelación del Hijo y, en los dos “momentos constitutivos” es para la Iglesia y para cada fiel “ejemplar” perfecto.

Por un lado, la fe y la humildad, de las que ya hemos hablado a propósito de la presencia de la Virgen María en el adviento.

2. *María, imagen de la Iglesia virgen*

Por otro, la virginidad, aspecto en el que insisten particularmente las misas que estamos comentando. En el caso de María, la virginidad afecta al hecho mismo de la Encarnación, de modo que se produce sin colaboración de varón. Pero lo que cualifica finalmente la maternidad como “virginal” es que suceda por el poder del Espíritu Santo. El aspecto genético-biológico de la maternidad virginal es signo de Cristo, Nueva Creación y Nueva humanidad y su centro de interés es, por ello, fundamentalmente cristológico.

Pero la maternidad virginal tiene también un claro referente mariano. La virginidad de María es signo de su total pertenencia a Dios, de su radical abandono en la voluntad del Padre y, en definitiva, de su plena disponibilidad al Espíritu Santo que la purifica y la santifica previamente para poder convertirla en templo de la gloria divina en la encarnación. Lo canta admirablemente el Prefacio del formulario nº 23 de la *Collectio*, la misa “La Virgen María, templo del Señor”. Dice así: “Porque te has preparado una morada en nosotros, purificada e iluminada por el Espíritu Santo y santificada con tu presencia. La Virgen María, por el misterio de la encarnación, y por su fe obediente, se convirtió en templo singular de tu gloria, casa de oro, adornada por el Espíritu con toda clase de virtudes, palacio real resplandeciente por el fulgor de la Verdad, ciudad santa que alegran los ríos de la gracia, arca de la nueva Alianza que contiene al Autor de la nueva Ley”.

Lo más hondo de la virginidad de María está en esta total disponibilidad al Espíritu Santo que invade su corazón y santifica su seno con la presencia en él del Hijo del Padre. En este sentido, aunque la virginidad es, en rigor, el modo de la maternidad, también es cierto que la virginidad precede a la maternidad e incluso es su causa, ya que –como hemos visto– Dios se complació en la virginidad y por medio de ella obró su poder. La virginidad es entonces expresión de la fe, fruto de la iluminación y santificación obradas por el Espíritu Santo que en María ha encontrado vía libre para sus dones. Ella es virgen también en cuanto que sigue fielmente la voluntad del Padre y no contamina esa fidelidad con ningún otro compromiso. La cifra última de su virginidad, está en su santidad.

Pues bien, la Iglesia también es madre virginal: “Estableciste, por un don de tu amor, que en los sacramentos de la Iglesia se realizara místicamente lo

que se había cumplido en la Virgen María: la Iglesia da a luz en la fuente del Bautismo a nuevos hijos concebidos virginalmente por la fe y el Espíritu...³⁶. Es virginal en sentido estricto, en cuanto que es imposible engendrar a Cristo si no es por el poder del Espíritu Santo: ningún poder humano lo tiene a su alcance. Para la Iglesia, la virginidad es también una tarea: llama a confiar en el Señor como María, de modo perfecto, y a no comprometer su santidad virginal contaminándose con el mundo.

Los textos litúrgicos precisan cómo es la virginidad a la que la Iglesia —y, por tanto— cada uno de los fieles debe continuamente aspirar. Reproduzco a continuación el prefacio de la misa nº 26 de la *Collectio*: “Porque por tu inmensa bondad, has dado a tu Iglesia Virgen, como modelo del verdadero culto, a la Virgen María. Ella, Virgen oyente, escucha con gozo tus palabras y las medita en silencio en lo hondo de su corazón. Ella, Virgen orante, ensalza tu misericordia con su cántico de alabanza, intercede solícita por los novios en Caná y está unida a los apóstoles en su oración. Ella, Virgen fecunda, concibe al hijo por obra del Espíritu Santo y, junto a la cruz, es proclamada madre del pueblo de la Nueva Alianza. Ella, Virgen oferente, te presenta en el templo a su Hijo Primogénito y al pie del árbol de la vida se une a la ofrenda de su vida. Ella, Virgen vigilante, esperan sin vacilar la resurrección de su Hijo y aguarda fielmente la efusión del Santo Espíritu”.

La escucha y meditación de la Palabra de Dios, la oración de alabanza al Padre y de intercesión por los hombres, la disponibilidad a la acción del Espíritu Santo y la permanencia perseverante y fiel al pie de la cruz, la ofrenda de la propia existencia y la esperanza incommovible en la resurrección y en la vida eterna... son los signos de la virginidad de la Iglesia y a la vez los hitos que marcan el camino hacia la perfección en la misma. Sólo así podrá manifestarse ante todos los pueblos como sacramento del amor de Dios, tal como reza la Oración Colecta de esta misma misa.

Y lo que es para la Iglesia lo es también para cada uno de sus miembros. La ejemplaridad de María en la concepción de Jesús es celebrada claramente en la liturgia: por la fe y la obediencia, por el Bautismo, sacramento de la fe, Cristo es engendrado en nuestro corazón. Pero sólo en la medida en que, como María, conservemos las palabras de Cristo en el corazón, celebremos con fe sus misterios³⁷, y resplandezcamos por la integridad de nuestra fe³⁸.

³⁶ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 16: “Santa María, fuente de luz y de vida”.

³⁷ *Ibid.*, formulario nº 4: “Santa María, Madre de Dios”, oración colecta.

³⁸ *Ibid.*, formulario nº 27: “La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia”, Prefacio.

Un aspecto más está ligado al misterio de la Epifanía. La maternidad de María no consistió sólo en la generación. También el dar a luz es un momento cualitativo de su maternidad. Y no sólo –claro está– en el aspecto genético-biológico, sino más bien en el aspecto histórico salvífico. El prefacio citado más arriba lo manifiesta claramente: los pastores, los magos... encuentran al Niño en el regazo maternal. A su maternidad corresponde también el ejercicio de su mediación para que conozcamos a Cristo. “Porque ella, conducida por el Espíritu Santo, llevo presurosa a Cristo al Precursor, para que fuera causa de santificación y alegría para él; del mismo modo, Pedro y los demás apóstoles, movidos por el mismo Espíritu, anunciaron animosos, a todos los pueblos, el Evangelio que había de ser para ellos causa de salvación y de vida. Ahora también la santísima Virgen precede con su ejemplo a los heraldos del Evangelio, los estimula con su amor y los sostiene con su intercesión incesante, para que anuncien a Cristo Salvador por todo el mundo”³⁹.

Al ciclo de Navidad pertenece la fiesta de la Presentación del Señor, si no litúrgicamente, sí al menos en cuanto a su espíritu. La *Collectio* prevé también un formulario mariano que conmemora este momento de la vida de la Virgen. En el Prefacio de esta misa aparece mencionada la “Virgen Hija de Sión que, cumpliendo la ley, te presentó al Hijo en el templo, gloria de tu pueblo Israel y luz de las naciones”. El contexto es claramente cristológico. La figura de la Hija de Sión evoca los oráculos proféticos centrados en esta figura (So 3,14-17; Jl 2,21-27 y Za 9,9-10). En cuanto tal, es personificación de Israel, del Israel que acoge la promesa mesiánica con alegría. Como Hija de Sión, pues, participa en la manifestación de Jesús en el templo con ocasión de su presentación. El prefacio de esta Misa une este motivo con el del dolor y la cruz. Tomando pie de la profecía de Simeón (Lc 2,33-35), María es introducida como la que “ofrece el Cordero sin mancha para ser inmolado en el ara de la cruz”; ese es el servicio que presta a la obra de la salvación. “Esta es la Virgen Madre, gozosa de su descendencia bendita, que sufre por la profecía del anciano Simeón, pero se alegra por el pueblo que sale al encuentro del Salvador”. La relectura que la liturgia hace de este pasaje convierte el gozo mesiánico de la Hija de Sión (con el carácter triunfal propio de una buena parte de las perspectivas veterotestamentarias) en el gozo cristiano que nace de la cruz. El amor de Dios que entrega a su Hijo a la cruz encuentra una cierta correspondencia en el amor de la Madre que,

³⁹ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 18: “La Virgen María, Reina de los Apóstoles”, Prefacio.

entregando a su Hijo, se asocia al mismo tiempo a su dolor, como “servicio” que presta a la “obra de la salvación”⁴⁰. El prefacio continua así: “De este modo, Señor, disponiéndolo tú, el mismo amor asocia al Hijo y a la Madre, el mismo dolor los une y una misma voluntad de agradarte los mueve”.

También aquí es la Virgen María, figura y tipo de la Iglesia. La Iglesia presenta a Cristo como Salvador, lo ofrece también permanentemente en el altar. Está llamada a asociarse perfectamente a él, como Madre, como Virgen, como Esposa. Por eso, la colecta suplica al Padre “que la Iglesia virgen guarde íntegra la nueva alianza del amor e, imitando la humildad de tu esclava, que te presentó en el templo al autor de la nueva Ley, conserve sin mancha la fe, fortalezca la esperanza en el cielo, y alimente una caridad intensa”.

La última misa que la *Collectio* presenta para el ciclo de la Navidad desarrolla la manifestación de Cristo y anticipa de algún modo la celebración de la Cuaresma. Lleva por título “La Virgen María de Caná”. La eucología tiene en cuenta la mediación de María que, con su ruego, hizo que Jesús diese comienzo a sus signos y revelase su gloria a los discípulos (cf. Jn 2,11) anticipando así la hora de la pasión y de su entrega generosa en la cruz (cf. Jn 2,14).

III. CELEBRAR LA CUARESMA CON MARIA Y COMO MARIA

Durante el período cuaresmal son pocas las ocasiones en que la liturgia de la Iglesia hace presente a la Virgen María. Tenemos la solemnidad de la Anunciación del Señor que ya hemos comentado anteriormente, la memoria de la Virgen de Lourdes que no ofrece aportaciones sustanciales. Permite, eso sí, apreciar la invitación de María a hacer penitencia en favor de la conversión de los pecadores.

En cambio, la presencia de la Virgen María al pie de la cruz es una referencia de fuerte significado. No obstante, la eucología del Misal Romano ofrece pocos datos. También para la Cuaresma es un instrumento privilegiado, por el enriquecimiento que ha supuesto, la *Collectio Missarum Beatae Virginis Marie*.

Ofrece cinco formularios. El primero de ellos dedicado a “Santa María, discípula del Señor”. Los dos siguientes centran su atención en “la Virgen

⁴⁰ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 7: “La Virgen María en la Presentación del Señor”, Prefacio.

María, junto a la cruz”. El cuarto se hace eco de las palabras de Jesús en la cruz e incide en la importante cuestión de la maternidad de María sobre la Iglesia (“La Virgen María, confiada como madre a los discípulos”) y el quinto y último, insiste en un aspecto de su maternidad, la reconciliación.

1. *La Virgen María, tipo del discípulo*

El primero de ellos insiste en un elemento que ya hemos destacado suficientemente: la preeminencia de la fe sobre la maternidad puramente genético-biológica. Una vez más, la Liturgia nos propone el camino de seguimiento del Señor en la perspectiva tipológica: María, tipo del perfecto discípulo, la perfectamente asociada al misterio de su Hijo. Por eso, la eucología insiste en la oración que sigamos el “ejemplo de la Virgen”⁴¹, agradecidos a Dios que nos ha dado “el modelo del discípulo fiel”⁴². La eucología sugiere con bastante claridad los elementos del discipulado: en primer lugar, la búsqueda solícita de la voluntad del Padre⁴³ la escucha atenta de la palabra de Cristo⁴⁴ y del mensaje de la salvación⁴⁵, la meditación silenciosa⁴⁶, y el cumplimiento de lo escuchado⁴⁷. Todo ello es gracia recibida (es posible sólo “en virtud del Espíritu Santo”⁴⁸), y por eso, por intercesión de María, la Iglesia pide para sus hijos la “gracia de la sabiduría que no pretendemos alcanzar por nuestras fuerzas”⁴⁹, que obra en nosotros la apertura del corazón⁵⁰ y que permite que el mensaje de la salvación resuene diariamente en nosotros y produzca fruto abundante⁵¹.

El tema lucano de la Virgen que conserva la palabra y la medita en su corazón resume los elementos arriba mencionados. Es justo el tema central

⁴¹ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 10: “Santa María, discípula del Señor”, oración después de la comunión.

⁴² *Ibid.*, oración colecta.

⁴³ *Ibid.*, Prefacio.

⁴⁴ *Ibid.*, Poscomunión.

⁴⁵ *Ibid.*, Colecta.

⁴⁶ *Ibid.*, Antífona de entrada

⁴⁷ *Ibid.*, Prefacio y Poscomunión.

⁴⁸ *Ibid.*, Colecta.

⁴⁹ *Ibid.*, Oración sobre las ofrendas.

⁵⁰ *Ibid.*, Colecta.

⁵¹ *Ibid.*

del Evangelio que se proclama en esta misa, en cualquiera de las dos posibilidades que ofrece el Leccionario. La primera muestra a Jesús que, a los doce años reclama para sí su deber de estar en la casa de su Padre. El texto subraya la “incomprensión” y la necesidad de María, su madre, de “conservar esto en su corazón”. Esta necesidad de volver sobre lo experimentado para asimilarlo a fondo es la figura perfecta del discípulo de Cristo. “María, durante muchos años, permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo, y avanzaba en su itinerario de fe, a medida que Jesús ‘progresaba en sabiduría ... en gracia ante Dios y ante los hombres’... aun aquella, a la cual había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe. Hallándose al lado del hijo, bajo un mismo techo y ‘manteniendo fielmente la unión con su Hijo’, ‘avanzaba en la peregrinación de la fe’, como subraya el Concilio. Y así sucedió a lo largo de la vida pública de Cristo (cf. Mc 3,21.35); de donde, día tras día, se cumplía en ella la bendición pronunciada por Isabel en la visitación: ‘Feliz la que ha creído’⁵²”.

Destaquemos un aspecto de este discipulado presente, a mi modo de ver, en el Prefacio de esta Misa. Dice así: “Cuya Madre [de Cristo], la gloriosa Virgen María, con razón es proclamada bienaventurada, porque mereció engendrar a tu Hijo en sus entrañas purísimas. Pero con mayor razón es proclamada aún más dichosa, porque, como discípula de la Palabra encarnada, buscó solícita tu voluntad y supo cumplirla fielmente”. En el caso de la Virgen María, maternidad y discipulado no son aspectos en oposición, algo así como si pudiera decirse: “es madre, *pero* sobre todo es discípula”. No. Precisamente este texto subraya el gozo maternal de haber engendrado a Cristo, y enfatiza aún más el gozo mayor de ser discípula, es decir, en una clave ya mencionada, de engendrar a Cristo en el corazón. Para ella, el discipulado es la verdadera maternidad. Por eso es madre (espiritual) antes de concebir a Cristo; por eso su maternidad genético-biológica encuentra perfección en la maternidad espiritual y por eso también su maternidad “crece” con ella, a medida que avanza en la peregrinación de la fe. Por eso mismo su maternidad encuentra su plenitud en el Calvario cuando es nombrada por su Hijo “Madre de la Iglesia” (cf. Jn 19,25-27).

⁵² JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 17.

2. Al pie de la cruz: cooperadora en la redención

Con esto, nos introducimos en el otro gran núcleo de la presencia de María en la liturgia y, por tanto, en la vida de la Iglesia y de los fieles: la cruz del Señor. El camino del discipulado, cuya meta consiste en resucitar con Cristo, pasa necesariamente por el Calvario. La oración colecta del formulario nº 11 recuerda la única perspectiva en que puede celebrarse litúrgicamente la Pasión y muerte de Cristo: “Señor, Dios nuestro, por un designio misterioso de tu providencia completas lo que falta a la pasión de Cristo con las infinitas penas de la vida de sus miembros”. La Pasión y muerte de Cristo son *por* los hombres, por eso tienen en su estructura íntima el carácter propio de la recapitulación: Cristo recapitula en sí la creación en un movimiento progresivo que arranca de la Encarnación y culmina en su resurrección. En la cruz recapitula el sufrimiento de los hombres y el poder del pecado. En ella sufre Él como Cabeza y, por eso, no pueden comprenderse ni su sufrimiento ni su muerte, sino desde la participación de su Cuerpo, la Iglesia, en el misterio pascual.

En este contexto general, se percibe el verdadero y último sentido de la presencia de la Virgen María junto a la cruz del Señor. Hay, sin duda, un aspecto personal que corresponde muy vivamente con lo que la piedad popular ha descubierto: ella es la Madre dolorosa de Cristo.

No puede de ningún modo menospreciarse este acento, aunque no sea el más importante. “La piedad popular a la Santísima Virgen... brota de la fe y del amor del pueblo de Dios a Cristo, Redentor del género humano, y de la percepción de la misión salvífica que Dios ha confiado a María de Nazaret, para quien la Virgen no es sólo la Madre del Señor y del Salvador, sino también, en el plano de la gracia, la Madre de todos los hombres”⁵³. La imagen de la Virgen Dolorosa, con el corazón traspasado, es sin duda uno de los reclamos más universales de la piedad popular que ha descubierto, con profunda intuición, el dolor materno de la Virgen.

La liturgia asume este hecho y en su dimensión mistagógica lo lleva a su verdadero lugar, la cooperación de la Virgen María en el misterio de la redención. La Virgen permaneció “intrépida junto al altar de la cruz” y así “cooperó generosamente en nuestra redención”⁵⁴. La misma realidad se hace

⁵³ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, 183.

⁵⁴ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 11: “La Virgen María junto a la cruz del Señor (1), Colecta.

presente en el formulario II de la Misa “La Virgen María junto a la cruz del Señor”, la nº 12 de la *Collectio*. La Colecta afirma que Dios ha “asociado los dolores de la Madre a la pasión” del Hijo y la segunda colecta que se propone subraya que ha sido voluntad del Padre que al pie de la Cruz estuviese “su Madre compartiendo su pasión”.

Los prefacios de las misas 11 y 12 desvelan el modo y el sentido último de esta cooperación a la Redención en tres figuras.

En primer lugar, “ella es la Virgen santa que resplandece como nueva Eva, para que así como una mujer contribuyó a la muerte, así también la mujer contribuyera a la vida”⁵⁵. La misma idea aparece en el prefacio de la Misa 12. En ella se cumple la salvación prometida en Gn 3,15. En el paralelismo Eva-María resuena el paralelismo paulino Adán-Cristo (Rm 5,12-18). El núcleo de este paralelismo está en la obediencia, como ya destacaba Ireneo de Lyon: “Así como Eva, desobedeciendo, llevó la muerte para sí misma y para todo el género humano, María, que desposada seguía siendo virgen, obedeciendo se hizo causa de salvación para sí y para todo el género humano... así la desobediencia de Eva ha sido rescatada por la obediencia de María: porque lo que la virgen Eva ató con su incredulidad, María lo ha desatado con su fe”⁵⁶. Este dato, adquirido claramente por la Tradición cristiana, fue solemnemente recogido en el c. VIII de la constitución *Lumen gentium* y es, sin duda, uno de los elementos fundamentales del Magisterio y de la teología contemporánea en orden a explicar el misterio de la mediación de María y de su colaboración a la redención⁵⁷. Una vez más nos encontramos, y la insistencia es un dato que ha de ser tenido en cuenta, con la fe y con la obediencia. Este mismo paralelismo, que por razones de espacio no podemos estudiar en profundidad, lleva a otra cuestión capital que aparece en el mismo prefacio y que analizamos a continuación.

En segundo lugar, “Ella es la misteriosa Madre de Sión que recibe con amor materno a los hombres dispersos, reunidos por la muerte de Cristo”. La muerte del Señor es obra de unidad y de reconciliación. (Ef 2,14-15). María colabora con su obediencia también bajo este aspecto. Eva era Madre de todos los vivientes (Gn 3,20), la tipología Eva-María rescata también este aspecto y coincide aquí con la imagen también bíblica de la Hija de Sión. La

⁵⁵ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 11: “La Virgen María junto a la cruz del Señor (1), Prefacio.

⁵⁶ IRENEO DE LYON, *Adversus haereses* III, 22,4 (PG 7,958-960).

⁵⁷ *Lumen gentium* 56: “María no fue instrumento meramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación del hombre con libre fe y obediencia”.

obra de Cristo es “*para congregar en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos*” (Jn 11,51-52). Para los judíos, que habían vivido el exilio y ya conocían la Diáspora esta esperanza era sumamente viva. En la predicación profética, el lugar de la reunificación sería Jerusalén, la nueva Jerusalén, la Sión reestablecida. Jerusalén sería, en la expectación mesiánica, *madre* de todos los pueblos y de todos los hombres, reunidos dentro de sus muros, en torno al templo de Dios. Ahora, la Hija de Sión que personifica, como hemos visto, a la humanidad, por un lado, y a la Sinagoga, por otro, es constituida “madre de todos los hombres”, por su Hijo, moribundo en la cruz. Lo es, por su fe y su obediencia, como nueva Eva. La maternidad espiritual de María es el fruto granado de su condición de perfecta discípula que, como también hemos visto, alcanza la plenitud de su maternidad en el momento en que, como “mujer” (¿alusión tal vez a Gn 3,20?) experimenta el dolor último: el de la renuncia a su Hijo, “sustituido” por los discípulos de Jesús, a partir de ahora, “sus hijos”.

Volvemos al dolor: no es sólo el dolor de la Madre que ve morir a su Hijo; es también el dolor de la Madre que es llevada por Dios Padre (y por su propio Hijo) a *entregar* a su Hijo, renunciando a él. Es un momento de múltiples entregas: el Padre *entrega* al Hijo finalmente a la muerte y al poder de las tinieblas; el Hijo *entrega* su Madre al discípulo amado y *entrega* su vida en manos del Padre; la madre *entrega* su voluntad en la obediencia, *entrega* a su Hijo al Padre y *entrega* su amor maternal a los discípulos.

Esta es la obediencia por medio de la cual se configura totalmente a la obra del Hijo y por la cual es “cooperadora en la redención”.

Y una vez más, en tercer lugar, la Iglesia nos recuerda el carácter *ejemplar, tipológico* de esta cooperación: “Ella es el modelo de la Iglesia Esposa, que, como Virgen intrépida, sin temer las amenazas ni quebrarse en las persecuciones, guarda íntegra la fidelidad prometida al Esposo”. Interesa, ciertamente, el dato humano de su amor perseverante y fiel en medio de la persecución. María lo vivió en propia carne hasta pasar por la prueba suprema de la fe, en la noche oscura⁵⁸.

⁵⁸ “...Al pie de la cruz, la promesa que se le hizo, “El Señor Dios le dará el trono de David, su padre... y su reino no tendrá fin” (Lc 1,32-35), parece definitivamente desmentida. La fe entra en su kénosis más extrema, permanece de pie en la oscuridad total. Pero precisamente así es participación total en el anonadamiento de Jesús (Flp 2,5-8). El círculo se cierra conectando con el principio: “Me has formado un cuerpo, he aquí que vengo”; ahora esta expresión de disponibilidad se asume, y precisamente la oscuridad de María es la consumación de esa comunión de voluntad de la que nosotros habíamos partido. La fe –como se puede ver desde Abraham– es comunión de cruz. Así, sólo junto a la cruz llega a ser completa. Así, y no de otro

Por eso la oración después de la comunión se dirige al Padre pidiendo que el Espíritu Santo inunde con su amor el mundo entero “por los méritos del sacrificio de Cristo, sumo sacerdote, y de los dolores de la Virgen”, puestos en paralelo. Es cierto, lo sabemos bien, que los méritos de los dolores de la Virgen son derivados de la gracia de Cristo y que, por tanto, el paralelismo no es estricto. Pero es cierto también que por esos dolores, unidos a los de Cristo, esperamos recibir los dones de Dios.

La eucología de la memoria de Nuestra Señora, la Virgen de los Dolores insiste en las mismas ideas (asociación a la pasión de Cristo, en la colecta; entrega de María a la Iglesia como madre amorosa, en la oración sobre las ofrendas y la consideración ejemplar de los dolores de la Virgen María para que completemos en carne propia y en favor de la Iglesia lo que falta a la pasión de Cristo (oración después de la comunión).

Si comenzábamos esta sección hablando de las “infinitas penas de la vida de los miembros de la Iglesia”⁵⁹, la terminamos celebrando que son un modo de completar en nuestra carne “los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia”⁶⁰, “llevando la cruz de cada día para que podamos participar de la resurrección de Cristo”⁶¹.

3. *Presencia maternal*

Su cooperación reviste carácter maternal: “...*está presente* en la Iglesia como Madre de Cristo y a la vez como aquella Madre que Cristo, en el misterio de la redención, ha dado al hombre en la persona del apóstol Juan. Por consiguiente, María acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu a todos y a cada uno *en* la Iglesia; acoge también a todos y a cada uno *por medio* de la Iglesia”⁶².

He subrayado las primeras palabras de esta cita, porque este mismo formulario litúrgico nos lleva de la idea de la maternidad, como expresión más perfecta de su cooperación a la obra de la redención, a la afirmación de su presencia: “Transforma, Señor, estos dones con la acción del Espíritu

modo, es el ámbito del “dichoso” que viene de Dios” (J. RATZINGER, *María, Iglesia naciente* [Madrid] 37).

⁵⁹ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 11: “La Virgen María junto a la cruz del Señor (1), colecta.

⁶⁰ *Ibid.*, Antífona de comunión.

⁶¹ *Ibid.*, formulario nº 12: oración después de la comunión.

⁶² JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 45.

Santo, para que, por el sacrificio del altar, al que se asocia la santísima Virgen, se borre el pecado del mundo y se nos abran las puertas del cielo”. Así reza la oración sobre las ofrendas del formulario nº 12 que estamos comentando.

María, Madre del Señor, está presente en el sacrificio del altar; así como se asoció al sufrimiento de Cristo, se asocia también, de algún modo, a la ofrenda del cuerpo de Cristo.

La Liturgia nos lleva no sólo a proponer a la Virgen María como *modelo* a imitar o como *imagen* que revela la más profunda identidad de la Iglesia y de los fieles, sino como madre solícita que permanece presente a la vida de la Iglesia y de cada uno de sus miembros. Este es uno de los aspectos que conviene destacar en la catequesis mistagógica a propósito de la celebración de las fiestas marianas. Es uno de los elementos que Juan Pablo II desarrolla con amplitud en la Carta Encíclica *Redemptoris Mater* y es, por último, uno de los elementos en los que puede encontrarse un modo fácil de establecer una relación profunda entre la liturgia y la devoción popular. Esta última ha subrayado siempre esta presencia de María, de modo que es una experiencia arraigada en muchas de las manifestaciones de la devoción mariana. Sin esta devoción, probablemente el dato litúrgico, por sí mismo, correría el riesgo de ser demasiado teórico.

En la Eucaristía, celebración litúrgica, puede encontrarse esta presencia de María, asociándose a la peregrinación –en ocasiones martirial– de la Iglesia, que los fieles añoran y buscan por muchos caminos⁶³.

El formulario 13, insistiendo en este aspecto maternal, propone a nuestra consideración –¡y, sobre todo, a nuestra celebración!– a la mutua pertenencia que significa la relación materno-filial establecida en el Calvario. El texto del Prefacio es sumamente elocuente: “Porque junto a la cruz de Jesús, por voluntad suya se establece, entre la Virgen y los fieles discípulos, un fuerte vínculo de amor: María es confiada como madre a los discípulos, y

⁶³ “María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén ‘para presentarle al Señor’ (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería ‘señal de contradicción’ y también que una ‘espada’ traspasaría su propia alma (cf. Lc 2,34. 35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el ‘*stabat Mater*’ de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de ‘Eucaristía anticipada’ se podría decir, una ‘comunidad espiritual’ de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como ‘memorial’ de la pasión” (JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia* 56).

éstos la reciben como herencia preciosa del Maestro. Ella será para siempre la madre de los creyentes, que encontrarán en ella refugio seguro. Ella ama al Hijo en los hijos, y éstos, escuchando los consejos de la Madre, cumplen las palabras del Maestro”.

Lo primero que cabe destacar –y esto es vital para una correcta devoción mariana!– que a la relación materno-filial entre los cristianos y la Virgen María no es ajena Cristo. Él está de tal modo presente que el amor mutuo madre-hijo es, en primer lugar, amor a Cristo. Ella ama a Cristo en nosotros, porque como Madre de la Iglesia es madre de la Cabeza y del Cuerpo y no puede ejercer su maternidad sobre el Cuerpo sino como expresión perfecta de su amor maternal a la Cabeza, Cristo. Los fieles, por tanto, somos exhortados a reconocer el amor de Cristo en el amor maternal de la Virgen María, en una doble dirección: en su amor maternal, somos amados por Cristo y por ella somos amados en Cristo.

En este aspecto, tal vez convenga insistir, puesto que la devoción popular ha tendido a confiar más en la ternura femenina y creatural del amor materno de María que en el amor de Dios. Del mismo modo, los fieles somos también exhortados a amar a Cristo cuando amamos a María, respetando así la orientación cristológica del legítimo culto mariano, tal como fue expresada por Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Marialis cultus*⁶⁴.

En la maternidad de María, los cristianos encuentran, por tanto, refugio seguro y consejo sabio. La madre aparece como defensora y educadora de los hijos. Esos son precisamente los aspectos que destaca la eucología de esta misa. La protección maternal de María es un dato seguro de la Tradición y del Concilio Vaticano II. La *Collectio* dedica una Misa a “La Virgen María, auxilio de los cristianos”. Su prefacio reza así: “Porque has constituido a la Inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo, en madre y auxiliadora del pueblo cristiano, para que, bajo su protección, participe valientemente en el

⁶⁴ “...Nos parece particularmente conforme con las tendencias espirituales de nuestra época, dominada y absorbida por la ‘cuestión de Cristo’, que en las expresiones de culto a la Virgen se ponga en particular relieve el aspecto cristológico y se haga de manera que éstas reflejen el plan de Dios, el cual preestableció ‘con un único y mismo decreto el origen de María y la encarnación de la divina Sabiduría’. Esto contribuirá indudablemente a hacer más sólida la piedad hacia la Madre de Jesús y a que esa misma piedad sea un instrumento eficaz para llegar al ‘pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta alcanzar la medida de la plenitud de Cristo’ (Ef 4, 13); por otra parte, contribuirá a incrementar el culto debido a Cristo mismo porque, según el perenne sentir de la Iglesia, confirmado de manera autorizada en nuestros días), ‘se atribuye al Señor, lo que se ofrece como servicio a la Esclava; de este modo redundará en favor del Hijo lo que es debido a la Madre; y así recae igualmente sobre el Rey el honor rendido como humilde tributo a la Reina” (PABLO VI, *Marialis cultus* 25).

combate de la fe, perseverare con fidelidad en la enseñanza de los apóstoles, y camino seguro entre las dificultades del mundo, hasta alcanzar gozoso la Jerusalén del cielo”⁶⁵.

Al igual que la maternidad de Cristo se resuelve en el discipulado, en el seguimiento de la Virgen a Jesucristo, del mismo modo, su maternidad sobre la Iglesia tiende también a hacer posible la perfección propia del discipulado. Sin duda, en este aspecto ha de ser también especialmente reeducada la devoción popular que tiende a concebir el amor maternal de María en clave demasiado sentimental. Es siempre el amor fuerte que nace de la fe y actúa por la caridad para que experimentando “su ayuda en todas las necesidades”⁶⁶, “nos revistamos de Jesucristo, autor de la nueva humanidad”⁶⁷.

Su amor maternal busca solícitamente la conversión y la reconciliación con el Padre. La *Collectio* ha tenido presente también el itinerario penitencial propio de la Cuaresma. La última misa de las que se proponen para la Cuaresma lleva por título “La Virgen María, Madre de la reconciliación”. Resuena, en este título, como dice la Introducción a la Misa, un viejo tema patrístico: “en el seno virginal de la Madre del Señor fue el lugar donde se realizó la ‘paz’ entre Dios y los hombres”⁶⁸. Destaca la eucología de esta Misa por un lado el carácter de *imagen* y *ejemplo* de María ante los pecadores: “Éstos, percibiendo su amor de madre, se refugian en ella implorando tu perdón; al contemplar su espiritual belleza, se esfuerzan por librarse de la fealdad del pecado, y, al meditar sus palabras y ejemplos, se sienten llamados a cumplir los mandatos de tu Hijo”. Ella colabora en la reconciliación no sólo por la ternura de su amor maternal, sino porque su contemplación suscita el deseo de santidad y de emulación. En ella, se ha revelado, una vez más, la perfección de la redención y la consecuente perfección de la santidad. Al proponer la grandeza y belleza de María no se hace para apartarla de los fieles... el fruto de la contemplación no es sólo la alabanza embelesada, sino la imitación.

⁶⁵ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 42: “La Virgen María, auxilio de los cristianos”, Prefacio.

⁶⁶ *Ibid.*, oración sobre las ofrendas.

⁶⁷ *Ibid.*, oración después de la comunión.

⁶⁸ *Ibid.*, formulario nº 14: “La Virgen María, Madre de la reconciliación”, Introducción.

El otro elemento es una concreción de su amor maternal: la misericordia de María, refugio de los pecadores: “Tú diste a la Virgen María, que no conoció el pecado, un corazón misericordioso con los pecadores”⁶⁹.

La misa nº 39 de la *Collectio* lleva por título “Santa María, Reina y Madre de misericordia”. Encontramos en ella una formulación más elaborada de la misericordia maternal de María. El origen del amor misericordioso de María está en el amor misericordioso del Padre que ha enviado a su Hijo como Salvador, de modo que es la misericordia de Dios, hecha carne en el corazón humano de Jesucristo, la que ella, como perfectamente asociada al misterio del amor de su Hijo, comunica, después de haberla recibido. ¡Qué lejos estamos de muchas expresiones de la piedad popular y de las convicciones de muchos cristianos!

La tarea conformadora de la fe es aquí particularmente importante, pues tocamos uno de los puntos claves de la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios: la gracia que nace de la libertad amorosa de Dios. En este aspecto, es urgente descubrir los tesoros de la liturgia y hacer que puedan transformarse en oración propia del pueblo cristiano. El Prefacio, bellissimo, recoge sintéticamente estas afirmaciones: “Ella es la Reina clemente que, habiendo experimentado tu misericordia de un modo único y privilegiado, acoge a todos los que en ella se refugian y los escucha cuando la invocan. Ella es la Madre de la misericordia, atenta siempre a los ruegos de sus hijos, para impetrar indulgencia y obtenerles el perdón de los pecados. Ella es la dispensadora del amor divino, la que ruega incesantemente a tu Hijo por nosotros, para que su gracia enriquezca nuestra pobreza y su poder fortalezca nuestra debilidad”.

IV. CELEBRAR LA PASCUA CON MARIA Y COMO MARIA

La liturgia romana no ha destacado demasiado la presencia de María en la resurrección de Cristo. Ha supuesto también una novedad la *Collectio Missarum* con cuatro formularios que introducen referencias sumamente interesantes y novedosas: la fe de María en la espera de la resurrección; María como tipo de la Iglesia que celebra los sacramentos y, en ese sentido, madre, y su intercesión en vistas a la humanidad nueva fruto del Espíritu Santo derramado en Pascua. Los títulos de estas cuatro misas son: “La

⁶⁹ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 14: “La Virgen María, Madre de la reconciliación”, Prefacio.

Virgen María en la resurrección del Señor”, “Santa María, fuente de luz y de vida”, “La Virgen María del Cenáculo” y “La Virgen María, Reina de los apóstoles”.

La primera de ellas está prácticamente tal cual en el Misal Romano, a excepción de la antífona de entrada y el prefacio. Es una misa que celebra, con y como María, el gozo de la resurrección que pasa de la Virgen a la Iglesia y al mundo. El tema del prefacio es la alegría. Pero el acento está en este transcurrir del gozo personal de María al gozo eclesial y al cósmico. Es como si también aquí se tratase, para la Iglesia, de una participación del gozo de María. La Iglesia se alegra con María y, al participar de su fe, como María. El gozo pascual es para María un premio a su fe, en la que “contempló de antemano el día de la luz y de la vida”⁷⁰. La fe no es sólo la que hizo posible la concepción de Jesucristo, sino también la fe en la resurrección. El prefacio canta decididamente esta fe pascual de María en una línea que ha seguido siempre la tradición, aunque la Escritura guarde silencio sobre él. La súplica propia de esta misa es también la participación en la alegría pascual que se espera y desea consumada en los gozos eternos (Colecta, ofrendas y poscomunión).

1. *La madre del Señor, fuente de los divinos sacramentos*

El siguiente formulario tiene con mucho mayor carga teológica. Se trata de la misa 16 de la *Collectio*, “Santa María, fuente de luz y de vida”. El núcleo de esta misa es la relación tipológica que une a María con la Iglesia bajo el aspecto de la maternidad. La antífona de entrada lo declara ya desde el principio: “Salve, Madre de la luz, engendraste a Cristo permaneciendo virgen y te has convertido en modelo de la Madre Iglesia, que regenera a los pueblos creyentes por el agua virginal del bautismo. Aleluya”.

La Iglesia es madre porque engendra a los hijos de Dios y los regenera permanentemente por el Espíritu Santo que sobre ella ha sido derramado: el seno de la Iglesia –la fuente bautismal– es santificado por el Espíritu Santo del mismo modo que santificó el seno de María para que engendrara a Jesucristo. El Espíritu que desciende en la celebración de la confirmación es el mismo Espíritu que descendió sobre María; y la carne y la sangre de Cristo, presentes en la eucaristía para salvación del mundo, son la carne y sangre que ella engendró y dio a luz: “Estableciste, por un don de tu

⁷⁰ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 15: “La Virgen María en la resurrección del Señor”, prefacio.

amor, que en los sacramentos de la Iglesia se realizara místicamente lo que se había cumplido en la Virgen María: la Iglesia da a luz en la fuente del Bautismo a nuevos hijos concebidos virginalmente por la fe y el Espíritu: una vez nacidos los unge con el aceite precioso del crisma, para que el Espíritu Santo, que colmó de gracia a la Virgen, descienda con sus dones sobre ellos; y además prepara cada día la mesa a sus hijos, para alimentarlos con el Pan bajado del cielo, que la Virgen María dio a luz para vida del mundo, Jesucristo, Señor nuestro”.⁷¹

En la Virgen María se ha realizado históricamente lo que hoy sigue cumpliéndose en la Iglesia. La primera realización fue la más perfecta, tanto por el don (el propio Hijo de Dios hecho hombre) como por las disposiciones de María que es perfecta en su fe y en su obediencia y, por eso aquella realización fue figura de la maternidad de la Iglesia: ella –dice la colecta– da “a luz hombres terrenos por naturaleza, pero celestiales por la vida surgida de la fuente virgen del bautismo”. María es la primera fuente de luz y de vida, figura de la fuente bautismal, de la que proceden el baño de la iluminación y la vida nueva. Ella es fuente de los divinos sacramentos porque llevó en su seno virginal al que es sacramento del Padre, su Hijo eterno⁷². Como tal, la Iglesia se encomienda a su intercesión para llegar a la plena identificación con Jesucristo⁷³.

2. Maestra y modelo de oración

El otro lugar en el que la Iglesia contempla a María es el Cenáculo. Ella es la Virgen llena del Espíritu Santo, que la cubrió con sus dones, cuando descendió sobre ella para la Encarnación. El mismo Espíritu Santo la colma de nuevo de gracia en el nacimiento del nuevo pueblo de Dios. “Por eso la santísima Virgen María, vigilante en la oración y fervorosa en la caridad, es figura de la Iglesia que, enriquecida con los dones del Espíritu, aguarda expectante la segunda venida de Cristo”⁷⁴. Figura, en cuanto que en su esencia teologal, la Iglesia es “prenda” y “sacramento” de la salvación eterna que está por venir en su plenitud. Mientras tanto, en la peregrinación por este mundo, imita a la Virgen María que es modelo y figura de tensión

⁷¹ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 15: “La Virgen María en la resurrección del Señor”, Prefacio.

⁷² *Ibid.*, Antífona de comunión.

⁷³ *Ibid.*, Oración colecta.

⁷⁴ *Ibid.*, formulario nº 17: “La Virgen María del Cenáculo”, prefacio.

escatológica y, en cuanto tal, modelo de oración. El prefacio subraya que aquella Iglesia primitiva, en cuyo centro estaba María, es modelo de oración para nosotros⁷⁵. La Virgen María es celebrada, pues, como maestra y modelo de oración, por su íntima unión a Cristo y por la eclesialidad de su oración, marcada por la unión vital con todos sus miembros y por la relación que la une con los apóstoles. Por su intercesión, la Iglesia pide al Padre “perseverar en la oración en común, llenos del mismo Espíritu, y llevar a nuestros hermanos el Evangelio de la salvación”⁷⁶.

Como figura y modelo de la actividad apostólica de la Iglesia es presentada en el formulario siguiente, el nº 18, “La Virgen María, Reina de los apóstoles”. La Virgen es celebrada en esta misa, en primer lugar, como primer “apóstol”: “ella, conducida por el Espíritu Santo, llevó presurosa a Cristo al Precursor, para que fuera causa de santificación y alegría para él”⁷⁷. El prefacio pone en paralelo esta acción de María con el anuncio apostólico, que se encuentra, por tanto, prefigurado en la Virgen María. Ella precedió a los apóstoles –a la Iglesia– en el anuncio de Cristo.

En segundo lugar, ella “estimula con amor y sostiene con su intercesión incesante” a los heraldos del Evangelio, “para que anuncien a Cristo Salvador por todo el mundo”.

Una vez más, no se trata sólo de una relación de ejemplaridad exterior. Hay una presencia subjetiva, interior, interpersonal (estimula y sostiene) que da su pleno sentido a la ejemplaridad, puesto que la Iglesia participa –en virtud de esta presencia maternal– del ímpetu apostólico de María que también en ella es fruto de la acción del Espíritu Santo, como recuerda la Oración colecta de este formulario. Con razón, pues, la Iglesia proclama a la Virgen María, como Reina de los Apóstoles.

3. *Signo de esperanza cierta y de consuelo*

Aunque la celebración litúrgica de la Solemnidad de la Asunción de la Virgen a los cielos cae muy lejos del tiempo pascual, entronca perfectamente con su espíritu.

Dos elementos destaca fundamentalmente la eucología de las dos misas que concurren en este día (la vespertina de la vigilia y la del día).

⁷⁵ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 17: “La Virgen María del Cenáculo”, Prefacio.

⁷⁶ *Ibid.*, Oración colecta.

⁷⁷ *Ibid.*, formulario nº 18: “La Virgen María, Reina de los apóstoles”, Prefacio.

El prefacio subraya el carácter paradigmático de este misterio. La Virgen María es, por su ascunción, figura de la Iglesia, “purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser”⁷⁸.

En segundo lugar, destaca la relación que existe entre la vida de la Virgen María y su consumación. En primer lugar, se destaca el dato de la humildad de la Virgen María, en la que Dios se ha complacido. Precisamente porque Dios se ha complacido en ella, continúa la colecta de la misa vespertina, Dios ha querido “evarla a la dignidad de Madre de su Hijo” y la Asunción es la coronación de la gloria y el esplendor que le han sido otorgados a María. Por eso exclama el prefacio: “Con razón no quisiste, Señor, que conociera la corrupción del sepulcro la mujer que, por obra del Espíritu, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro”. Se subraya también la correlación existente entre la elevación “en cuerpo y alma a los cielos” con el hecho de su concepción inmaculada⁷⁹.

La relación de ejemplaridad que el prefacio establece se centra no sólo en el hecho de la ascunción: en ella se ha realizado ya la consumación escatológica que la Iglesia peregrina todavía ansía. También para el “camino” vale la ejemplaridad. Si la Asunción de la Virgen a los cielos es gracia de Dios, está relacionada con su humildad y su obediencia (su santidad, en definitiva), marcando así el camino que conduce a la consumación escatológica. Por eso la Iglesia se dirige al Padre, por intercesión de María, pidiendo “el premio de la gloria”⁸⁰ y para ello, que nos ayude a vivir en continua acción de gracias⁸¹, abrasados en el amor de Dios y orientados hacia él⁸².

El tercer aspecto que se destaca es que María, en virtud de su ascunción, es también imagen de la Iglesia futura y, por ello, signo que Dios ha plantado en la historia de la salvación de consuelo y de esperanza. El fundamento último de la esperanza de la Iglesia es que Cristo, Cabeza, ha entrado ya en su gloria y tras él llegará el cuerpo. Pero en María, el Cuerpo ha entrado también. Ella es miembro eminente del cuerpo de la Iglesia y por eso ésta se alegra sobremanera, como se alegra toda la creación⁸³.

⁷⁸ *Sacrosanctum concilium* 103.

⁷⁹ *Misal Romano*, Misa del día de la Asunción de la Virgen María, oración colecta.

⁸⁰ *Ibid.*, Misa vespertina, Oración colecta.

⁸¹ *Ibid.*, Oración sobre las ofrendas.

⁸² *Ibid.*, Misa del día, oración sobre las ofrendas.

⁸³ *Ibid.*, antifona de entrada.

V. CELEBRAR A MARIA EN EL TIEMPO ORDINARIO

La eucología de las misas que ofrece la *Collectio* para el tiempo ordinario es muy rica, orientada a sintetizar en los diversos “títulos” marianos la acción de la Virgen María en favor de la Iglesia y de cada uno de los cristianos. Para el tiempo ordinario las misas están divididas en tres secciones. La primera de ellas agrupa los títulos propios de la Escritura; la segunda los que subrayan la intervención de María en la vida espiritual de los fieles y la tercera los que manifiestan la intercesión misericordiosa de María. El prefacio de la misa nº 19 tiene la virtud de sintetizar la función maternal de María en la Iglesia por providencial designio de Dios: “María, por tu providencial designio, ejerce su función maternal en la Iglesia y es fiel dispensadora de tu gracia; por su palabra nos aconsejas, por su ejemplo nos mueves a seguir a Cristo y por sus ruegos nos perdonas”.

Voy a referirme sólo a algunos de los formularios, los que presenten afirmaciones que no han sido todavía comentadas en este artículo.

1. *La mujer de la nueva humanidad*

Un título cercano al de “nueva Eva” que la Tradición patristica atribuyó a María es el de “nueva mujer”, recogiendo aquí el interés de Pablo VI por dar al cultomariano una orientación atropológica que tenga en cuenta no sólo la sensibilidad moderna respecto a la misión de la mujer en la Iglesia y en la sociedad, sino la integridad de los datos que nos ofrece la Escritura.

Ella es “la mujer” prefigurada en el Génesis (3,5). Su presencia recorre la historia de la salvación: “Porque a Cristo, autor de la nueva Alianza, le diste por Madre y asociada a la Virgen Santa María, y la hiciste primicia de tu nuevo pueblo. Pues ella, concebida sin pecado y colmada de tu gracia, es en verdad la mujer nueva y la primera discípula de la nueva Ley. Ella es la mujer alegre en tu servicio, dócil a la voz del Espíritu Santo, solícita en la fidelidad a tu Palabra. Ella es la mujer dichosa por su fe, bendita en su Hijo y ensalzada entre los humildes. Ella es la mujer fuerte en la tribulación, firme junto a la cruz del Hijo y gloriosa en su salida de este mundo”⁸⁴.

Es posible en ella esta novedad porque ha sido “modelada por el Espíritu Santo en primicia de la nueva creación”⁸⁵, “concebida sin pecado y colmada

⁸⁴ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 20: “Santa María, la nueva mujer”, prefacio.

⁸⁵ *Ibid.*, Oración colecta.

de tu gracia”⁸⁶, “dotada por Dios de un corazón nuevo”⁸⁷. En definitiva, es la “mujer nueva” porque “El Poderoso ha hecho obras grandes” por ella⁸⁸.

La primacía de la gracia no excluye, sino que suscita la colaboración de la Virgen María. Por eso también la liturgia canta que “se identificó plenamente con el sacrificio de la nueva Alianza”⁸⁹ y fue “la primera discípula de la nueva Ley”, “alegre”, “dócil”, “solícita”, “firme junto a la cruz”⁹⁰.

Por eso ha sido “bendita en su Hijo y ensalzada entre los humildes” y “gloriosa en su salida de este mundo”⁹¹.

Por todo ello, es contemplada por la Iglesia como “primicia de la nueva creación”⁹² y del nuevo Pueblo de Dios⁹³.

No se puede decir mejor en qué consiste la novedad radical que supone la obra de Cristo: la gracia que suscita la cooperación de la libertad porque sana la naturaleza del pecado y la capacita para alcanzar la plenitud a la que ha sido llamada. En María, “concebida sin pecado y colmada de tu gracia”⁹⁴, el don se da en la medida de su plenitud y por ello es imagen perfecta y purísima de esta nueva humanidad. Por eso, por su intercesión, suplicamos al padre “abandonar nuestra antigua vida de pecado y abrazar la novedad del Evangelio cumpliendo el mandamiento nuevo del amor”⁹⁵ y “configurarnos cada día más con Cristo, hombre nuevo”⁹⁶.

La nueva humanidad que se inicia en Cristo y produce su fruto más granado en la Virgen María consiste en una participación singular del Espíritu Santo que hace del hombre templo de Dios. Ya Jesús hablaba del templo de su cuerpo (Jn 2,19), y anunciaba a quienes creyesen en él la inhabitación del Padre y del Hijo por obra del Espíritu Santo (cf. Jn 14,23). La Iglesia es templo del Señor, porque cada uno de los fieles lo es: habitados por Dios somos santos (cf. 1 Co 3,16-17). La misa nº 23 celebra la presencia de María

⁸⁶ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 20: “Santa María, la nueva mujer”, Prefacio.

⁸⁷ *Ibid.*, Oración después de la comunión.

⁸⁸ *Ibid.*, Antífona de comunión.

⁸⁹ *Ibid.*, Oración sobre las ofrendas.

⁹⁰ *Ibid.*, Prefacio.

⁹¹ *Ibid.*

⁹² *Ibid.*, Oración colecta.

⁹³ *Ibid.*, Prefacio.

⁹⁴ *Ibid.*

⁹⁵ *Ibid.*, Oración colecta.

⁹⁶ *Ibid.*, Oración después de la comunión.

“templo del Señor”: “La Virgen María, por el misterio de la encarnación y por su fe obediente, se convirtió en templo singular de tu gloria, casa de oro, adornada por el Espíritu con toda clase de virtudes, palacio real resplandeciente por el fulgor de la Verdad, ciudad santa que alegran los ríos de la gracia, arca de la Nueva Alianza que contiene al Autor de la nueva Ley”⁹⁷.

La misa subraya explícitamente el carácter de ejemplaridad que la Virgen, así considerada, tiene para la Iglesia y para cada uno de los fieles: “su vida es para nosotros modelo de oración y de alabanza”⁹⁸ y por eso suplicamos: en primer lugar, adorar al Padre “en el Espíritu Santo y en la verdad, siguiendo fielmente la gracia del bautismo, para merecer convertirnos nosotros también en templos vivos de tu gloria”⁹⁹; en segundo lugar, “vivir como ella para ofrecerte un sacrificio verdadero”¹⁰⁰ y, en tercer lugar, venerar a Dios presente en nuestro hermanos y de ese modo proclamara con ella la grandeza de Dios¹⁰¹.

La misa n° 28, dedicada al “Inmaculado corazón de la Virgen María” se centra en el centro y en la fuente de la vida interior de María. Uno de sus centros es el amor misericordioso de Dios que en ella ha obrado maravillas. Se trata de un “corazón nuevo”, del corazón de la nueva humanidad que tiene su figura en esta nueva mujer: “Porque diste a la Virgen María un corazón sabio y dócil, dispuesto siempre a agradarte; un corazón nuevo y humilde, para grabar en él la ley de la Nueva Alianza; un corazón sencillo y limpio, que la hizo digna de concebir virginalmente a tu Hijo y la capacitó para contemplarte eternamente; un corazón firme y dispuesto para soportar con fortaleza la espada de dolor y esperar, llena de fe, la resurrección de su Hijo”¹⁰².

Por todo ello, la Iglesia contempla en María a una madre y maestra espiritual: “Asociada íntimamente al misterio de Cristo, [María] no cesa de engendrar nuevos hijos con la Iglesia, a los que estimula con amor y atrae con su ejemplo, para conducirlos a la caridad perfecta. Ella es modelo de vida evangélica, de ella nosotros aprendemos: con su inspiración nos enseña

⁹⁷ *Misas de la Virgen María*, formulario n° 23: “La Virgen María, templo del Señor”, Prefacio.

⁹⁸ *Ibid.*, Oración sobre las ofrendas.

⁹⁹ *Ibid.*, Oración colecta.

¹⁰⁰ *Ibid.*, Oración sobre las ofrendas.

¹⁰¹ cf. *Ibid.*, Oración después de la comunión.

¹⁰² *Ibid.*, formulario n° 28: “El Corazón Inmaculado de María”, Prefacio.

a amarte sobre todas las cosas, con su actitud nos invita a contemplar tu Palabra, y con su corazón nos mueve a servir a los hermanos”¹⁰³.

A la maternidad corresponde la educación y ésta se realiza con palabras y obras. Ella no es sólo Madre de la Iglesia y de los fieles por su intercesión y or su colaboración con Dios a la obra de la salvación. Ella es también Madre porque educa y enseña y, por eso, es digna de ser imitada. El prefacio de esta misa subraya que son básicamente tres las enseñanzas de María: el amor a Dios por encima de todas las cosas, la contemplación de Cristo y el servicio a los hermanos. He ahí un camino de crecimiento en la fe hasta llegar a “Cristo, monte de la salvación”¹⁰⁴. El camino se recorre bajo su enseñanza y patrocinio, con ella y como ella.

CONCLUSIONES

No he intentado hacer un recorrido sistemático, ya que la celebración litúrgica es siempre concreta y se trataba de hacer ver cómo la celebración litúrgica de la Virgen María es “lugar teológico” no sólo para la comprensión de la persona de María, sino para la comprensión de su misión en la historia de la salvación y para la vida nueva que, viniendo de Cristo, se nos da por medio de ella.

En el camino de la fe del pueblo cristiano, la Virgen María ocupa un puesto totalmente singular. La piedad popular lo ha entendido bien y, por eso, ha dado a la Madre del Señor un espacio tan relevante en sus prácticas y en su interés. Se trata de aprovechar lo que de bueno hay en ella. Se trata más aún de procurar que la oración litúrgica sea conocida e incorporada a la vida cotidiana de los cristianos, al quehacer teológico y a la planificación de la acción pastoral de la Iglesia.

La imagen de María que la liturgia nos presenta está en clara consonancia con la enseñanza del Magisterio contemporáneo y establece para los cristianos un claro criterio de acercamiento a la Madre de Jesús: la alabanza, que nace de la comprobación de su fidelidad a la acción de Dios; la contemplación, en ella, no sólo de las maravillas de Dios, sino de la realización perfecta y plena del misterio de la Iglesia y del camino de la propia existencia; la imitación de su fe, de su obediencia, de su esperanza, y

¹⁰³ *Misas de la Virgen María*, formulario nº 32: “La Virgen María, madre y maestra espiritual”, Prefacio.

¹⁰⁴ *Ibid.*, Oración colecta.

de su caridad ardiente; la certeza y experiencia de su presencia maternal que nos conduce a Cristo.

Ese es el camino que todos los cristianos estamos llamados a recorrer. Con María y como María, presente en la acción litúrgica, orientamos “nuestra esperanza hacia los bienes de arriba”, cumplimos “nuestra misión en la ciudad terrena” y esperamos “recibir un día los bienes que la fe nos invita a esperar”¹⁰⁵.

¹⁰⁵ Ib., nº 37, “La Virgen María, Madre de la santa esperanza”, Oración colecta.